

La Opinión, Septiembre 16, 1951
ANECDOTARIO MORAL

DOS CURAS, UN ORGANISTA Y UNA ESCOPETA

P. MIGUEL SELGA, S. J.

La única preocupación del párroco católico Kobylowict era atender a las necesidades espirituales y aun materiales de los cristianos católicos de la Aldea de Oralow, en el distrito de Lipawice, cerca de Kiew, en Rusia. El organista desempeñaba a la vez el cargo de maestro municipal: fuera de las horas de clase ayudaba al párroco en las funciones de la iglesia. Inopinadamente un día apareció muerto con arma de fuego el administrador de las propiedades del señor de aquella comarca. Alguien tuvo empeño en que las primeras sospechas del crimen recayeran sobre el cura: pío cartas anónimas en que se invitaba a la policía a que se hiciesen pesquisas en la casa parroquial, en la sacristía y en la iglesia misma. En sus gestiones de investigación, los agentes de la policía encontraron una escopeta de dos cañones escondida detrás del altar mayor. Individuos poco afectos a la religión profesada por el cura acumularon indicios tan habilmente formulados contra él, que la autoridad no puso en duda la veracidad de la imputación y condenó a cadena perpetua por homicidio a aquel pobre sacerdote, que hasta entonces había

sido respetado por el pueblo, como un Santo varón. De Oralow el sacerdote fué conducido a Gelomir, donde el Obispo Borowski cumplió la lugubre ceremonia de la degradación. Cuantos presenciaron este acto lloraban, mientras que el sacerdote lleno de valor y de heroica resignación se inclinaba ante la voluntad de Dios y protestaba una vez más de su inocencia.

De Gilomir la víctima fué deportada a Siberia. ranscurrieron veinte años: iba ya desapareciendo la memoria del párroco Kobylowict: cae gravemente enfermo el organista del pueblo y llama para los últimos momentos al cura que había reemplazado al ya olvidado Kobylowict. En cuanto el enfermo vió entrar al párroco hizo un esfuerzo para incorporarse sobre la cama y con voz clara dijo en presencia de los principales del municipio y de gran número de habitantes del pueblo: "escuchadme atentos los que aquí estais presentes: Oíd la declaración de un gran criminal que euva a comparecer ante el tribunal de Dios. Yo soy quién mató al antiguo administrador, con el fin de casarme con su viuda; Yo soy el que con cartas anónimas denuncié como

autor de esa muerte al cura Kobylowict. Yo el que ocultó la escopeta que se encontró tras el altar. Atormentado por crueles remordimientos obtuve el favor de visitar al cura Kobylowict, en la prisión y allí bajo el signo de la confesión le declaré francamente mi crimen. Pero no tuve valor para presentarme como culpable y permití que los jueces echarán sobre aquel inocente sacerdote la pena del crimen que Yo había cometido."

La voz del moribundo iba extinguiéndose rápidamente: poco después de esta declaración el organista compareció ante el tribunal divino. Dió ese cuenta de este hecho a las autoridades de San Petersburgo, de donde se expidió enseguida un telegrama para que se pusiera en libertad al Cura Kobylowict. Eera tarde!... este heroico sacerdote había succumbido poco antes, víctima del rigor de su destierro llevando a la tumba íntegro el secreto de la confesión e inmarcesible la palma del martirio. En 1953 se cumplirán cien años desde la promulgación de la condena. Con la revelación de un secreto, hubiera el P. Kobylowict alejado de sí años de suplicio en Siberia y la afrenta de una muerte ignominiosa. Con su sacrificio heroico, el P. Kobylowict aparece como el modelo del sacerdote de Jesucristo, que inmola su vida en el altar del deber.